El sentido de la teoría y la academia feminista: una mirada desde la subalternidad [1]

Por Yuderkys Espinosa Miñoso

Hace algunas décadas ya, Audre Lorde, en ocasión de un encuentro en la Modern Language Association se presentó ante un auditorio repleto de colegas y estudiantes como “una poeta negra y lesbiana…dedicada a su trabajo”. Me gustaría iniciar estas reflexiones respecto a la academia feminista latinoamericana y su compromiso con el desarrollo de una teoría propia que parta del reconocimiento de la colonialidad del saber-poder, siguiendo la tradición inaugurada por ella y presentándome como una feminista lesbiana afrocaribeña que intenta, desde hace ya algunos años, hacer su trabajo, aportando a la construcción de un pensamiento crítico comprometido con un quehacer feminista situado desde Abya Yala.

Seguramente una buena parte de mis lectorxs se preguntará por qué, en una época en que descreemos de las categorías de identidad, en que hablamos del sujeto descentrado y nómade, en donde las lesbianas, los gays, la comunidad trans y las poblaciones afrodescendientes e indígenas han salido y dicho lo suyo haciéndose escuchar, yo inicio este ensayo nombrándome al interior de categorías fijas y trasnochadas. “¿Qué efectos tiene a estas alturas del feminismo que alguien se nombre lesbiana?” me decía hace algunos años, en la presentación de mi libro Escritos de una Lesbiana Oscura, la filósofa feminista de Buenos Aires, Mayra Leciñana. Más recientemente he escuchado decir en ámbitos posfeministas que el lesbianismo feminista ha fracasado. No es nada nuevo escuchar este tipo de frases que anuncian el fin o el agotamiento de algo que ya tuvo su momento de esplendor. Acorde a esta sensación, J. Baudrillard (1991) caracteriza esta época a la que asistimos como una época pos revolucionaria, un período posterior a la orgía en la que ya, al menos en apariencia, todas las revoluciones han sido forjadas. Así parece entenderlo Leciñana cuando me anuncia, escéptica, el vano intento de volver sobre aquello que ya al parecer el feminismo ha agotado: la necesidad de mirar sobre sus bases heteronormativas. Y tenía cierta razón en señalarlo porque indudablemente vivimos en una especie de espacio difuso en donde la revolución sexual y de género que nos proponíamos parece que se ha llevado a cabo. Al menos esa es la sensación y el sentir de época cuando surge la pregunta en determinados espacios de para qué ya el feminismo, o, en espacios como el académico, para qué ya la lesbo o la afro denominación, cuando estas cuestiones han sido tratadas y la lección, al parecer, aprendida: ¿Por qué iniciar, pues, estas reflexiones desde un punto de vista al parecer a todas luces trasnochado?

Lamentablemente debo responder que los motivos no son tan diferentes a los que argumentaron muchas feministas lesbianas latinas y afrodescendientes desde mediados de los años 70 en adelante tanto en los EEUU como en América Latina. Y es que contrario al sentir generalizado de una revolución agotada en las esferas del género, de la sexualidad y de la democracia cultural - sentir generalizado al que contribuye un discurso políticamente correcto expandido socialmente- lo cierto es que los objetivos más profundos de transformación sustantiva de la vida social, no han sido aun realizados.

---

[1] Este ensayo es una versión mejorada y actualizada del presentado en abril del 2008 bajo el título: “La academia feminista y su rol en el cambio socio cultural en América Latina: hacia la complejización del entramado de poder.

En principio, porque la sexualización, heteronormalización y racialización siguen efectuándose sobre nuestros cuerpos y los cuerpos de las nuevas generaciones. En segundo lugar, porque una vez instaladas estas categorías, a pesar de las políticas de reconocimiento llevadas a cabo al interior de los Estados, del espacio transnacional, y del propio espacio del movimiento social, se profundizan sus efectos para la gran mayoría de quienes sufren los regímenes de explotación y dominación.

Constatarlo no es nada nuevo para varias de nosotres puesto que ya hemos sido alertadas de que la política de reconocimiento llevada a cabo con tesón en al menos los últimos 20 años, no podría socavar las condiciones de subalternidad y hegemonía puesto que éstas se asientan sobre las mismas bases que las operaciones de dominio: la reafirmación de una diferencia específica (naturalizada) de los grupos subordinados en relación al sujeto hegemónico. A pesar de ello, en una época en que puede resultar sospechoso y peor aún, innecesario, sigo creyendo ineludible este compromiso de nombrarse de lxs subalternos como operación de visibilidad de un colectivo político parlante que produce un discurso hoy, ahora, aquí, dentro de proyectos más amplios de cambio social. Y lo creo hoy más necesario que nunca cuando la academia, la política feminista dominante y el propio movimiento sociosexual ostentan esta sensación de "cosa superada". Porque no hay mayor opresión que aquella en que se niega que esta exista o en que se niega la legitimidad del sujeto oprimido a presentarse como tal. Y si hoy ya sabemos la ficcionalidad de ese "presentarse", si estamos concientes que no hay en ese sujeto esencia alguna que pueda ser "reconocida", también es cierto que no hay ficcionalidad alguna en las condiciones materiales de su subordinación. Es a esa "verdad" de subalternidad a la que quiero apelar cuando vuelvo a nombrarme afrolesbianafeminista, migrante, descendiente de una familia trabajadora del Caribe. "Verdad" no de mi ser que revelo ante ustedes, puesto que no hay nada que "revelar", sino "verdad" como estar al que me condenan las instituciones y sus operaciones de regulación y dominación (Espinosa, 2008).

Y así, en la mejor tradición heredada de Lorde, Anzaldúa y el movimiento del que formaron parte como feministas lesbianas, "de color"[2], hijas de familias trabajadoras, tercemundistas en los EEUU, pero también dando continuidad al trabajo de pensadoras de ascendencia africana en Abya Yala, tales como Leila Gonzáles, Sueli Carneiro, Ochy Curiel, quiero denunciar la operación por medio de la cual el feminismo no sólo aseguró un sujeto mujer universal representado por las mujeres blancas, heterosexuales, de clase media, sino que aún hoy, asumida la denuncia dentro de un corpus teórico prolífico, asegura la permanencia de esta sujeta hegemónica mediante un discurso que se cuida de integrar ciertos contenidos de la voz subalterna pero no a la sujeta productora de estos conocimientos, quien sigue relegada o marginalizada en los espacios académicos e intelectuales. Similar a lo que ocurrió en la disciplina filosófica donde el filósofo masculino universal incorporó "lo femenino" sin que ello subvirtiera su lugar de privilegio al interior de la producción del campo, las lesbianas no blancas, las afrodescendientes, las indígenas y mestizas trabajadoras de este mundo parecen haber sido incorporadas en los estudios de género sin estarlo, a través de un corpus teórico que ellas han producido desde un

[2] El término "women of color" refiere al nombre político y de coalición que feminista no blancas provenientes de distintos orígenes y culturas en los EEUU usaron para autonombrarse desde mediados de los años 70.

pensamiento situado, excedente y/o marginal a la academia y a las instituciones, pero que aún así, no bastó para colocarlas en un lugar de protagonismo legítimo, continuando, en el mejor de los casos, siendo objeto y no sujeto de los estudios feministas actuales. Y sino pregúntense cuántas lesbianas, afrodescendientes, mujeres y trans de ascendencia trabajadora (quiero decir: mujeres sin capital material y simbólico), conocen que estén ocupando posiciones de liderazgo, y no marginales al interior de la academia feminista latinoamericana. Cuántas lesbianas o afrodescendientes hay que, por ejemplo, no sólo sean invitadas a representar su grupo, a llenar la cuota de "outsiders" correspondiente. Cuántas investigadoras y docentes lesbianas y afrodescendientes o indígenas hay al interior del campus universitario cuyo rol no se limite a esta representación de su condición minoritaria. Las pocas lesbianas de prestigio en el campo de los estudios de género y sexualidad parecería que lo hacen en su condición de clase-raza privilegiada; las pocas afrodescendientes e indígenas gracias a políticas de acción positiva que permite la entrada de algunas pocas elegidas sin cambiar aquello que produce a la universidad como espacio destinado a algunos pocos. La condición de la entrada, por tanto, es dejar todo tal como está. Quienes entran deben saber ajustarse a las pautas definidas de antemano en base a criterios de corte ilustrado. Gente como yo, una migrante dominicana afrodescendiente y por demás haciendo política lesbiana feminista, a lo máximo que puede aspirar es a ser leída en algunas cátedras, producir a contrapelo del canon y aprovechar convocatorias abiertas de los espacios académicos para la presentación de sus trabajos.

Y es así que no es casual la ausencia casi total de lesbianas, afrodescendientes o indígenas, y mujeres provenientes de las clases trabajadoras insertas en los espacios académicos feministas como becarias, investigadoras o docentes de planta.

Una investigación reciente en la que he participado en su informe preliminar concluye diciendo que hay una:

> *"Configuración geo*-corpo-políticas de los grupos de investigación estudiados. En ellos se evidencia claramente una supremacía blanca, burguesa, género-normativa y hetero-normativa. Mujeres blancas heterosexuales urbanas de clase media, lideran el grupo, el cual comparten con un pequeño pero selecto grupo de varones gays blancos urbanos de *clase media asentados en los estudios de "diversidad sexual". Este grupo se reparte la* actual hegemonía del campo de producción de verdad en género y sexualidades. La academia de los estudios de género y sexualidades reproduce en su conformación las mismas abyecciones que critica en los diferentes estamentos sociales. Hacer estudios de género es una tarea de cuerpos habilitados, una tarea privilegiada para algunos cuerpos que están en capacidad de cumplir con los criterios y estándares propios de la academia contemporánea (Espinosa y Castelli: 2012)

La academia feminista se rige por los mismos cánones de la carrera académica tradicional. Ha asumido los mismos criterios de corte elitista para la evaluación del mérito. No cualquiera accede a completar los requisitos. Requisitos no necesariamente de originalidad y contribución al acervo cultural y de producción de conocimientos nuevos sino de manejo de ciertos códigos, relaciones, modos, convenciones al alcance de unas pocas privilegiadas. *"*La manera a través de la cual el capital cultural y simbólico opera en la administración y concentración del prestigio reconfirma al campo de la producción de conocimientos en género y sexualidad funcionando a la manera tradicional en que lo ha descrito Bourdieu*",* señala la misma investigación.

Así mismo, en los espacios académicos de estudios feministas y de género se reproduce tal cual la tradición que hemos reprochado a los espacios de producción cultural, de pensamiento y conocimiento occidentales, tradición que ha condenado a la “mujer” a un espacio específico, y que en los espacios feministas condena a las subalternas a papeles secundarios, o cuando no de auto-negación como condición para una trayectoria exitosa.

Por otro lado, la academia latinoamericana, en su naturalizada dependencia de la academia de Europa y EEUU, encuentra su mayor labor en el enseñar no a pensar sino a citar bien; los programas de grado sienten que han cumplido sus objetivos si enseñan el acervo cultural y teórico producido por occidente, en el caso de las cátedras de estudios de género, se estudia a las grandes teóricas feministas, esto es, las teóricas blancas del norte. Un análisis de los programas de las pocas materias que aparecen a nivel de grado sobre estudios de género y sexualidad, nos muestran que los marcos teóricos con los cuales se educa a las estudiantes siguen siendo los que han sido producidos en el norte y la gran mayoría de las autoras estudiadas son provenientes de estos lugares. En la formación de posgrado el panorama no es muy distinto con el añadido de que su acento está en enseñar al estudiantado a manejar los formatos convencionales de elaboración y presentación de trabajos y abstracts a nivel internacional. Como se sabe estos estándares han sido producidos y fijados por la academia de EEUU y otros países europeos. El incremento en la publicación anual de ensayos académicos realizados por investigadores, docentes y estudiantes en formación, y que aparecen en la cada vez más alta edición de revistas académicas ya sea en papel o formatos electrónicos, muestra una producción local que se esmera en seguir los debates y las modas temáticas instaladas desde el norte y que ha sido muy bien formada en el manejo de la cita adecuada.

Se que muchas de ustedes admitirán que lo que digo es cierto pero que es la condición de posibilidad para lograr espacios de producción feminista en la academia, dirán que es el riesgo que se ha tenido que correr para un hacer que goce de cierta legitimidad. Y posiblemente tengan razón. Pero es ahí en dónde me pregunto sobre el sentido de nuestro hacer en la academia. ¿Para qué y cuál es el sentido de habilitarnos un lugar en los espacios de producción de conocimientos tradicionales? ¿Qué sentido tiene hoy la producción teórica feminista y a qué objetivos apunta? ¿Para qué el feminismo en la academia y cuáles son sus compromisos? ¿Es posible una producción teórica y una reflexión feminista por fuera de los espacios tradicionales de la producción del saber? ¿Es posible, una vez dentro de la academia, producir cambios profundos en la relación con el saber, en la forma de producirlo, en la construcción de nuevos estándares más éticos y democráticos para la valoración de las obras, estándares que permitan evaluar con nuevos criterios menos preocupados por el cumplimiento de los formatos académicos heredados y más ocupados en evaluar la originalidad y el compromiso de la producción? ¿de qué forma, en países como los nuestros, la producción de conocimiento logra enfrentar la dependencia académica, de qué forma deja de estar al servicio de la colonialidad?

Estos son temas que aunque parezcan alejados de la cuestión que nos ocupa respecto de cómo lograr una academia y una producción de conocimientos feminista propia y situada geopolíticamente, no lo son. Porque seguramente hay en muchas de estas preguntas las respuestas al porqué de la conformación hegemónica de los equipos de investigación

feministas anclados en nuestras universidades latinoamericanas; hay mucho ahí del porqué de una producción de conocimientos alejada de un compromiso crítico con la praxis feminista.

A esta altura entonces quiero detenerme en la reflexión que habilita las preguntas formuladas y que puedo resumir en: ¿Cuál es el sentido de la teoría para el feminismo, para qué debería servirnos, a quiénes debería servir?

Para responder a estas inquietudes me gustaría volver a la narración en primera persona: el sentido que ha tenido para mí el acercamiento a la teoría, los compromisos que asumo en este quehacer teórico con el que me he comprometido.

Pues bien, debería recordar aquí que yo soy hija de las primeras incursiones del feminismo y la teoría de género en la academia latinoamericana[3]. Como he dicho en otras oportunidades mi llegada al feminismo y al lesbianismo fue de la mano de la primera cátedra de estudios de género que a finales de los 80 se instaló en mi país. Allí de mano de una joven profesora y activista feminista lesbiana educada en EEUU pude acceder a la incipiente pero contundente producción de conocimientos y pensamiento feminista. La cátedra, recuerdo, se convirtió de la mano de esta profesora, en un campo de experimentación mayúscula en dónde la teoría era acompañada por un proceso significativo de revisión personal y de conformación de una nueva mirada del mundo. Sobre este proceso me he referido alguna otra vez como proceso de resubjetivación (Espinosa: 2007), y eso fue para mí: la teoría acompañada de la reflexión feminista desmoronó todas mis creencias anteriores, todo aquello en lo que se sustentaba el presente y el futuro dispuesto para mi. El derrumbe de mitos y la relectura que estaba haciendo la epistemología feminista en las ciencias naturales, acompañado de la labor de análisis crítico y en primera persona de los hechos sociales que habían iniciado las activistas feministas produjo uno de los cambios más drásticos experimentados en toda mi vida.

La teoría y el pensamiento feminista produjeron en mí profundos cambios de mirada y me comprometieron ineludiblemente con la acción. Pero no fue sino mucho tiempo después que estaría lista para vérmelas cara a cara con ella luego de una década participando activamente en el movimiento a través de diferentes experiencias de activismo feminista y lesbofeminista, experiencias que fueron señalándome las profundas falencias de nuestras prácticas, y la necesidad urgente de retomar espacios para la reflexión conjunta, la autocrítica y la complejización de nuestras perspectivas sobre los fenómenos sociales y culturales sobre los que intentábamos actuar. La necesidad del desarrollo de una mirada crítica hacia nuestro propio hacer y hacia los fundamentos sobre los que se asientan nuestras decisiones y estrategias políticas, la interrogación sobre los sentidos de la praxis feminista fue una preocupación que surgió tempranamente heredada de esta primera incursión en la teoría feminista y, debo decir, de la revolución que produjo la teoría crítica al interior de las ciencias sociales. Pero no fue sino a través de la lectura de unos capítulos fotocopiados de un libro escrito y editado por un grupo de pensadoras feministas latinoamericanas del cual no tenía referencia hasta ese momento, que esa necesidad de

---

[3] Algo de esto he hablado en el prólogo a Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano. Vol. 1, En la frontera, Buenos Aires, 2010.

teoría se volvió urgencia y se volvió un sentido en mi vida. Las autoras de estas reflexiones se hacían llamar "Las cómplices" y eran feministas de varios países de América Latina, que habían estado involucradas activamente en el desarrollo del movimiento feminista latinoamericano desde los 80. Formadas por la universidad fueron, sobre todo, verdaderas autodidactas que, aun sin un cuestionamiento de la colonialidad del pensamiento feminista crítico del cual se sentían herederas, supieron producir intersticios para la producción de un pensamiento feminista situado desde nuestro contexto. Sin lugar a dudas ellas, junto a las feministas afrodescendientes, latinas y lesbianas subalternas del movimiento y la academia norteamericana, se convirtieron para mi en referentes fundamentales de lo que a mi entender deben ser los sentidos y los objetivos últimos de la producción de conocimientos y pensamiento feminista latinoamericano. Interesante que esta producción se realizara a contra pelo y muchas veces por fuera de los espacios académicos cuyos cánones y códigos, como ellas mismas han señalado muchas veces, actúan como una camisa de fuerza e impiden la producción de una obra comprometida con una crítica radical a las instituciones y a la práctica feminista misma. Las Cómplices, me mostraron el camino de una producción de pensamiento a nivel local capaz de volver la mirada hacia la propia praxis feminista, pensar crítica y descarnadamente los proyectos en juego, y preguntarse sobre las responsabilidades éticas por nuestras apuestas políticas.

Varios años después el análisis y la comprensión del racismo y la colonialidad me han permitido una comprensión más acabada y compleja de los procesos históricos por medio de los cuales se han habilitado espacios favorables a la producción de conocimiento y pensamiento por parte de los grupos históricamente subordinados y excluidos de tal hacer. Es desde este saber que no puedo dejar de preguntarme sobre el para qué de la incursión del feminismo y las teorías subalternas en la academia si no es para asumir un compromiso impostergable con la transformación radical del mundo. Si el feminismo abrió la puerta para la comprensión de que "lo personal es político", me pregunto hoy para qué la teoría feminista sino es para volvernos mejores personas, sino es para transformarnos, para hacer la revolución en cada una de nosotras. Si la teoría feminista y los estudios de género y sexualidad sólo sirven para instalar un nuevo campo de especialización de conocimientos, si sólo vale para la producción y el surgimiento de una nueva elite de profesionales al servicio de los sistemas de pensamiento desarrollados y exportados desde los centros de poder, si lo que de esta incursión obtenemos es una nueva separación de las esferas del conocimiento y de la vida, creo que habremos perdido el sentido profundo que justificó la necesidad de creación de espacios de estudios feminista, de la mujer o de género dentro de la universidad.

Yo estoy aquí pues, como una feminista afrodescendiente, caribeña, lesbiana, dedicada a la producción de pensamiento, que intenta hacer su trabajo: intentando recordarme y recordarles el compromiso ineludible que el pensamiento y el quehacer teórico feminista debe tener con la comprensión del mundo de la vida y la existencia de la opresión; pero sobre todo, ya que muchas veces se nos olvida, estoy aquí para hacerles recordar el compromiso ineludible que el feminismo en la academia debe tener con un análisis crítico que retroalimente y problematice la praxis feminista, la individual y la colectiva.

Bibliografía

Baudrillard, Jean (1991). La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos. Anagrama, Barcelona.

Espinosa Miñoso, Yuderkys (S/F) "Los desafíos de las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano en el contexto actual" En: Gina Vargas, Mar Daza y Raphael Hoetmer (Eds.). Cuerpos, territorios, imaginarios. Entre las crisis y los otros mundos posibles. De próxima aparición.

………… (coord.) (2010) Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano. Vol. 1. En la frontera, Buenos Aires.

……….. (2011) "Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos latinoamericanos: Complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional" en Feminismos latinoamericanos, Revista Venezolana de Estudios de la Mujer, Nº 33, Vol. 14.

………… (2007) "Sobre el Feminismo Hoy. A la búsqueda de otro modo de ser y sentir la experiencia feminista de este tiempo", en Escritos de una lesbiana oscura: reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina. En la frontera, Buenos Aires-Lima.

ESPINOSA, Yuderkys y CASTELLI, Rosario (2011) "Colonialidad y dependencia en los estudios de género y sexualidad en América Latina: el caso de Argentina, Brasil, Uruguay y Chile". En Feminismos y Poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América latina, Karina Bidaseca y Vanesa Vazquez Laba (Comp.). Ed. Godot, Bs. As.